

XXXV SEMANA TEOLÓGICA

LA VIDA ES SAGRADA, CONTEXTO BÍBLICO. DIOS NO VOLVERÁ A DESTRUIR A SU PUEBLO

Manuel Antonio Teixeira SCJ*

ABSTRACT:

Venezuelan crisis must be understood in the global context of a larger crisis, of world-wide level. So we are going to go over elements in the Holy Scriptures where it's important to recognize the other person as a brother. Brotherhood is the key to overcome the spiral of violence. Pretending to solve violence with no responsibility is helping death. If we look at Jesus, we see that he doesn't die only because people kill him; he dies for a better life of mankind and he gives them the best of himself.

KEY WORDS:

Crisis, Venezuela, brotherhood, respect, violence, love, life

1. ¿Dónde estamos?

Aunque suene extraño comenzaré por nombrar, sin un orden lógico, una serie de personajes y situaciones, de modo de visualizar de la globalidad a la particularidad una crisis que nos toca a todos y que, al parecer, no se vislumbra en el horizonte una aparente solución. Trump, Putin, Chávez, Maduro, Erdogan, China, Brexit, Gadhafi, Hussein, Osama Bin Laden, Rodrigo Duterte y Kim Jong-Un. Junto a los nombres se hayan situaciones, instituciones y países que tienen en crisis el equilibrio mundial: China, Afganistán, Irak, Brexit, ONU, Premio Nobel, OEA, Indignados en España, Isis... Estos nombres, lugares e

* Manuel Antonio Teixeira es Sacerdote Dehoniano. Se licenció en la Universidad Gregoriana de Roma y allí mismo realizó su doctorado en teología dogmática bajo la dirección del Profesor Elmar Salmann. Actualmente es profesor del ITER en las materias de Introducción a la Teología, de Teología Fundamental, y de postgrado en Teología. Fundamental. Cuenta con diversas publicaciones en la Revista ITER-Teología [«Vocación, Espíritu Santo y sacerdocio ministerial», #52; «Más que concepto, "La Palabra se hizo carne..."», #57-58; «Discernimiento de la Gaudium et Spes sobre el tiempo presente», #63; «Jesús, el Espíritu y el Carisma (Matriz jesuánica y pneumatología en el discernimiento de los signos de los tiempos en la Vida Religiosa)», #66; «Francisco, un hombre a la escucha de la Palabra en nuestras palabras», #69;] e ITER-Humanitas («Itinerarium mentis in Deum», #5). Correo-e: p.antonioteixeira@gmail.com

instituciones desvelan una crisis que no parece ser coyuntural. Ya están afectadas las coyundas de la estructura que sostiene la lógica en la que vivimos. La crisis es evidente: nada se sostiene y el ejercicio de la fuerza y los continuos mensajes de confianza intentan mantener a flote un mundo que se desmorona a pedacitos. La diplomacia ha cedido su puesto al ingenio y la simpatía por medio de tweets con incendiarios mensaje. Todo se mide por la fuerza. Trump le dio a su consejo de seguridad un plazo para presentarles un plan de erradicación del Estado Islámico. Isis como respuesta promete acabar con occidente. El ingenio y la fuerza son las armas con las que se hace política; atrás quedó el diálogo y el consenso. En medio de todo este panorama aparece la interesante y desconcertante figura del papa Francisco, quien, con un lenguaje directo y llano, toca en la llaga de muchos asuntos espinosos evadidos por el lenguaje diplomático y comedido. Ya antes, el mismo Benedicto XVI fue consciente de esta crisis, por ello su propuesta de superar los formalismos vacíos de una sociedad que se construye sobre la convicción nihilista y tiende hacia la nada. El papa emérito veía la urgencia de repensar nuevamente la metafísica, aunque muchos piensen que debemos aceptar nuestro presente postmetafísico. En el fondo él intuía que el mundo entraría en un estado de shock donde todo llegaría al puerto esperado de la nada, que ya algunos filósofos habían profetizado. Nuestra prepotencia declinada como voluntad de poder y complicidad en la muerte de Dios ha terminado por conducir al mundo a un callejón sin salida. Y mientras cada vez se hace más evidente la crisis, se hace más encarnizada la defensa de lo que tenemos, por quienes se hallan conformes y no se sienten indignados. Quienes están conformes luchan por abortar el nacimiento de una nueva época, nuevas posibilidades, nuevos sueños y una sociedad más justa. Muchos siguen defendiendo sus pequeñas conquistas engañando y engañándose en la mentira que han creado.

La crisis venezolana, debe ser entendida en el contexto global de esta gran crisis. No podemos seguir pensando que todo es culpa de un gobierno de turno. Su eficacia o ineptitud, no son explicación suficiente de todo lo que nos está tocando vivir, de ser así los venezolanos seríamos grandes ineptos y cómplices silenciosos de nuestra propia destrucción. En el fondo todos los venezolanos deseamos un cambio que signifique algo más que un cambio de personas. La mayoría aspiramos a algo nuevo, es decir, a una propuesta distinta a las tradicionales recetas de recuperación económica que ponen el dinero al centro y no a la persona concreta que padece la precaria situación. Hay que recordar que el dinero se hizo para el hombre y no el hombre para el dinero. En medio de las dificultades veo el futuro con esperanza, pues más que desanimarnos, la crisis prepara a algo nuevo e invita a pensarlo y gestarlo. Debemos recuperar la sabiduría de los antiguos Padres espirituales quienes

sabían sacar del momento de crisis lo nuevo que Dios estaba suscitando. Aunque el peligro de que sea abortado lo nuevo que se va gestando está a la puerta bajo la excusa de la incerteza de lo nuevo, debemos darnos la posibilidad de soñar y trabajar por unas estructuras de bondad y justicia.

Rostro visible de esta crisis es la creciente violencia en nuestra sociedad. Se ha dejado en el olvido el valor de la vida. En las estructuras del mundo en que vivimos, la vida no es sagrada. Aunque es cierto que en la sociedad tecnificada y fragmentada se proclama la vida como un derecho fundamental, lamentablemente tal proclama es más nominal que real. Es curioso, pero nuestra época postmetafísica se caracteriza por una especie de nominalismo, donde la mención de las cosas es suficiente para afirmar su existencia, aunque lo mencionado no se verifique en el vivir cotidiano concreto. Así pasa con el valor de la vida. Pongamos un ejemplo, los avances de la medicina buscan salvaguardar una corporeidad en la que todavía esté garantizado algo de placer, pero en la medida en que esto no es más posible pensamos en la Eutanasia como una buena solución al fracaso de la ciencia. Vivimos en una sociedad altamente hipócrita que instrumentaliza la vida, la reduce a instantes, y le ha restado su carácter sagrado. Este modo de ver la vida es hoy el terreno común de un modo de proponerla y entenderla. Vivimos en la medida en que podemos disfrutar de ella, de lo contrario no tenemos vida.

Si queremos entender la violencia asesina de nuestro país, no podemos perder de vista esta hipocresía apenas mencionada. Detrás de la violencia en las calles de Venezuela juega un papel importante la pérdida de valor de la vida. Ella no es algo sagrado ni para quien ejerce violencia, ni para la víctima de la violencia. El que todos tengamos miedo a morir no hace que automáticamente, la vida deba ser considerada como sagrada. La vida está en función del poder y del placer¹, como bien lo reflejaba el título de la telenovela colombiana: “sin tetas no hay paraíso”. No es un acaso que en el lenguaje de los jóvenes en las situaciones donde no se logra un alto grado de excitación, se repita con frecuencia la expresión “aquí no hay vida”. Las drogas son uno de los mejores productos logrados en este modo de concebir la vida: “dan nota”. Es evidente que el concepto de vida en el lenguaje y existir cotidiano tiene poco que ver con su valor sagrado. Como antes dije, lo sagrado ha devenido en una referencia nominal.

Si esto es la vida y todos queremos alcanzarla porque no la tenemos, ya no podemos hablar de ella como un don, sino como una conquista. La palabra conquista es peligrosa. El papa Francisco hace esfuerzos por retirarla de nuestro

¹ No es una casualidad que estemos hablando de dos elementos presentes en todas las sociedades del occidente y que ya Nietzsche había profetizado.

lenguaje y de nuestras prácticas pastorales. Para él la evangelización no es una conquista. Detrás del término hay un ejercicio de dominio que nunca es ajeno a la violencia. El mundo de hoy se ha lanzado a la conquista del bienestar y el placer, valores centrales en la estructuración socio-política. El bienestar y el placer se logran mediante el reconocimiento y la posibilidad de acceso a bienes, de hecho, el reconocimiento viene dado por el uso de los bienes conquistados. Cuando los bienes son limitados o simplemente son inaccesibles, es inevitable la lucha por alcanzarlos. Este duro núcleo que se declina en conquista es causa de la gran tragedia que vivimos. Aunque en parte es cierto que la sociedad violenta que tenemos se debe a una crisis de valores en casa, la causa principal se halla en la inversión e hipocresía que se verifica en la estructura de valores, en la que nosotros también somos actores y artífices.

La vida no tiene real valor de comunión, sino sólo en cuanto condición de posibilidad del goce. Si el goce se alcanza por el bienestar, y éste es limitado, queda justificada la violencia como su posibilidad de acceso. Esto significa que ni mi propia vida, ni la vida ajena son primeramente bendición. Antes que con un hermano convivo con potenciales enemigos de quienes debo cuidarme. La violencia de nuestros barrios no es otra cosa que el reflejo de lo hasta ahora dicho, donde la vida del otro no vale. Todos, malandros o no, hemos contribuido a instrumentalizar la vida. Pensar que la violencia es debido a una especie de ambiente generado al interno del barrio, es no querer asumir las consecuencias en la responsabilidad de lo que yo mismo he generado con mis propias decisiones. Digámoslo en forma concreta para entendernos mejor: todos aquí sabemos que cargar con un teléfono celular de última generación en Venezuela es un riesgo para la propia vida, sin embargo, nadie que pueda tener acceso a un teléfono así deja de comprarlo, aunque en ello se le pueda ir, literalmente, la vida. Debo entender que el malandro hace lo mismo que yo cuando arriesgo mi vida a cambio del placer y prestigio que me brinda el uso de un bien, él también arriesga su libertad y su propia vida al robar, extorsionar o matar; lo mismo que para mí, vale más lo que pretende alcanzar que la vida misma que puede perder o la vida ajena que somete. Pretender solucionar la violencia sin asumir la propia responsabilidad en su generación y sin apostar por lo sagrado de la vida, es una tarea que, a mi modo de ver, está destinada al fracaso. Veamos en qué consiste ese aspecto sagrado de la vida.

2. Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo

Después que Dios creó el hombre, modeló del suelo a todos los animales y los llevó ante él para que les pusiera un nombre. Este detalle en el segundo relato de la creación hace partícipe al hombre del ejercicio de la creación. Este

hecho muchas veces pasa desapercibido. Lo cierto es que el hombre participa en el acto creador de Dios; pareciera que es él quien le da el toque final al poder darle nombre a todo lo creado. Otro gesto de Dios, no menos llamativo, es la creación de la mujer. El modo como el hombre participa de su gestación es totalmente pasivo. El profundo sueño de Adán no fue ninguna anestesia quirúrgica que le permitiera a Dios extraer sin dolor una de sus costillas, indica más bien su pasividad total frente a la gratuidad total de Dios. De la costilla se forma la mujer quien es llevada ante el hombre. A diferencia de las otras veces, el hombre no tenía por qué darle nombre. El relato nos dice que Adán la llamó mujer, pero este gesto más que la imposición de un nombre, fue el reconocimiento de la obra realizada por Dios. Respecto al resto de la creación Adán no fungió como co-creador de lo que ahora tenía delante de sus ojos. Dios era el creador de los dos, ambos tenían igual dignidad. De hecho, ambos estaban desnudos y ninguno de los dos sentía vergüenza frente al otro. El no ocultamiento mostraba que ambos viven en total transparencia, en total desnudez y en total reciprocidad. Luego que tanto Eva como Adán obedecieron la serpiente y desobedecieron a Dios, se suceden una serie de hechos singulares y violentos donde se introduce la desconfianza y el pudor. Esa cobarde expresión de Adán cuando desde lo oculto, en su diálogo con Dios, responsabiliza a la mujer de su desobediencia, siendo que a él se le dijo antes de que fuera creada la mujer de que del árbol del bien y del mal no podían comer, introduce por primera vez la sospecha y la desconfianza mutua. Podríamos preguntarnos qué habría pasado si el hombre en vez de quitarse la responsabilidad la hubiese asumido. Lo cierto es que ya ninguno de los dos podía estar desnudo frente al otro. La insolidaridad del hombre dio origen a la sospecha y con ello a la posibilidad de la violencia y de la muerte. No fue un capricho de Dios alejarlos del árbol de la vida, dada la posibilidad real de atentar contra la humanidad del otro. Aunque un hombre pueda atentar contra hombre, la vida sigue perteneciéndole a Dios². Sin embargo, Dios cuida de ambos; el relato nos dice que “Yahvé Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió” (Gen 3,22). El vestido no tiene por objeto cubrir la desnudez física, sino cubrir sus vergüenzas, aunque no en el sentido genital del término; en efecto, la vestidura establece un hiato en el que es posible arrepentirse antes y ante la agresión insolidaria. Antes que cualquier castigo, Yahvé se preocupa por la vida de los dos. Después de la desobediencia y de la no asunción por el hombre de su responsabilidad, acontece el primer gesto de dominio sobre la mujer: “el hombre llamó a su mujer Eva” (Gen 3,20). Mientras

² El mismo Jesús nos dice que no tengamos miedo a quienes pueden matar al cuerpo, sino aquellos que pueden provocar la pérdida del alma, indicando con este término no una parte de un compuesto, sino aquello que pertenece propiamente a Dios.

que mujer es el nombre en que el hombre se reconoce, Eva no es nombre que establezca relación fraterna con quien nombra. Por un lado, Adán le da nombre, con lo cual se coloca por encima de ella, y por otro lado ella al ser llamada madre de todos los vivientes, queda por encima de Adán. Pareciera que todo ejercicio de dominio termina, tarde o temprano, sometiendo a quien domina.

La desconfianza primordial deviene en fratricidio. “¿Por qué andas irritado y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien podrás alzarlo?” (Gen 4,6s) le pregunta Yahvé a Caín. Mientras que en el primer relato comentado el hombre acusa a la mujer y no asume su culpa atentando contra la confianza y la transparencia, Caín no se alegra por la complacencia de Dios ante la ofrenda de Abel, motivo por el cual detesta ser su hermano. La fraternidad es el tema central del pasaje, el hecho que en este breve relato se emplee la palabra hermano siete veces, indica centralidad³. El rostro abatido de Caín es sinónimo de su mal obrar según lo dice el mismo Yahvé. Lo que le acontece a Caín le preocupa. Él mismo actúa como un padre y pone en sus manos la posibilidad de salir del estado en el que se encuentra. La ausencia de atención de sus padres⁴, es suplida por la atención que Dios tiene en cuidar la primera fraternidad. Al cuestionamiento de Yahvé, Caín no da respuesta, tan sólo hace silencio. “Caín no acepta a su hermano y de ahí arrancan sus males. (...) La presencia y actividad del hermano menor crean una situación nueva, al principio molesta, poco a poco insoportable. (...) Caín experimenta sentimientos nuevos que no comprende; no aprecia su alcance y peligrosidad”⁵. El asesinato de Abel viene en ausencia de cualquier discusión o diálogo. Ya en el campo, el hermano mayor se lanza sobre su hermano y lo mata. Caín se quedó en sí mismo y en su propia irritación, incapaz de escuchar a quien le hablaba, e incapaz de dar una respuesta. Al cerrarse a la escucha, él mismo quedó preso de sus propios límites. La pregunta con la que Caín responde al apelo de Yahvé indica rechazo, refleja su incapacidad de ir más allá de su propio límite y pone obstáculos a la fraternidad. La pregunta de Yahvé a Caín por Abel, indica con ello lo importante que era para él la fraternidad. Mientras que Dios pregunta Adán dónde está, es decir, la pregunta es por el individuo, la pregunta a Caín por su hermano indica que, para Dios, Caín antes que individuo, es esencialmente hermano. Su respuesta a Dios con otra pregunta, niega el proyecto de Dios: “¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?”. Caín no acepta la fraternidad en los términos que lo pone Dios, por ello renuncia a ser custodio (aquél cuida por

³ L. Alonso Schöckel, *¿Dónde está tu hermano?*, 26.

⁴⁴ “A los padres les toca el oficio de comprender y amonestar, Pr 23,19: Escucha hijo mío sé juicioso, encamina bien tu mente.../ 22: escucha al padre que te engendró.../ 25: tu padre estará contento de ti y gozará la que te dio a luz” Luis Alonso 31.

⁵ Luis Alonso, 31

amor) de su hermano. No es de desestimar el hecho que “la hermandad ha introducido una triple diferenciación escalonada: de cultura, de culto, de aceptación divina. El narrador presentándolo así, nos dice que es así, nos sugiere que así se ha de aceptar”⁶. La respuesta del hermano mayor cuestionando el interés de Yahvé por saber de Abel muestra su desacuerdo con el proyecto de fraternidad querido por Dios. Dios se sorprende por la pregunta de Caín, de allí que le pregunte por lo que ha hecho y se sienta triste por la ausencia de Abel: su sangre clama desde el suelo. Lamentablemente a Caín le estaba vedado escuchar este clamor, pues él mismo lo había acallado. Su negativa a escuchar a Dios es negativa a escuchar a su hermano. Yahvé repropone el proyecto fraterno: la sangre de tu hermano clama; esta tierra recibió la sangre de tu hermano. La expresión –la sangre de tu hermano clama– resulta altamente llamativa; para Yahvé no ha cesado la vida del hermano menor: donde aconteció el asesinato reaparece la vida negada Abel delante de Yahvé. Sin embargo, lo que más sorprende es la repropuesta a Caín de la fraternidad (se trata de la sangre de su hermano). La negativa del hermano mayor al proyecto de fraternidad no sólo niega la relación familiar, sino que, incluso, distorsiona cualquier relación con el resto de la creación: “aunque labres el suelo, ya no te dará más su fruto”. Es como si Caín, “hubiera realizado una siembra fatídica y hubiera depositado una semilla de maldición. La tierra lo maldice”⁷. No es para menos, el hermano mayor ha hecho cómplice a la tierra del asesinato al ocultar en sus entrañas la vida de Abel. Atentar contra la vida es atentar contra todo tipo de fraternidad, no sólo con aquella entre iguales, sino con todos los seres de la creación. El acto violento desencadena violencia y Caín lo sabe: “cualquiera que me encuentre me matará”. La tierra no le da ya su fruto, y los hombres le resultan peligrosos. Yahvé, sin embargo, sigue apostando el hermano mayor y se empeña de nuevo en la vida: “quienquiera que matare a Caín responderá siete veces”. La pena de muerte que debería tocar a Caín según la legislación israelita⁸, es conmutada en destierro perpetuo del paraíso. Es Yahvé quien se reserva la venganza Antes que dar muerte a Caín, lo protege. Incluso, si alguien se atreviera a darle muerte debería pagar siete veces más. El texto no indica en qué consiste esa paga y el pasivo será castigado, parece tener a Dios por sujeto, lo cual reafirma que sólo toca a Dios juzgar la vida. Podríamos decir que a él le toca quitar la vida, pero hacerlo significaría poner en Dios una acción que él mismo no realiza.

“Sólo dejarás comer la carne con su vida, es decir con su sangre” (Gen 9,4). La vida es tan sagrada para Yahvé, que es él mismo quien le permite a Noé

⁶ Luis Alonso, 31

⁷ Luis Alonso, 37

⁸ La ley de Israel habla del vengador de sangre: Nm 35,9-24; Dt 19, 4-13; Jos 20.

comer de todo, sin embargo, no puede comer animales estrangulados que conserven su sangre. Yahvé cuida no sólo de la vida de los hombres, sino que no quiere que el hombre atente contra la vida.

3. Dios no ha creado la muerte

Resulta extraña la experiencia que hacemos de la finitud. Cuanto más nos experimentamos finitos, más absolutizamos la finitud y, queriéndolo o no, negamos cualquier posibilidad de experiencia de lo infinito. Esta tozudez la traduce Quohélet, con la poética y dura expresión con la que se abre y cierra su libro “¡vanidad de vanidades! (...) ¡todo es vanidad!” (1,1; 12,8). Si la vida gira en torno a lo mayor que pueda hacer el hombre, la fuerza que pueda adquirir, las riquezas que pueda acumular, el dominio que puede ejercer sobre los otros, las proezas que pueda lograr, la fama que pueda ganar, lo que pueda inventar, al final todo es vanidad y lo que le queda es “gozar de sus obras, pues ésa es su paga. Pero ¿quién le guiará a contemplar lo que ha de suceder después de él?” (Qo 3,22). Triste es la vida del hombre que reduce la vida a su propio instante y confunde la esperanza con su ambición. Usando el lenguaje de Heidegger, diríamos que triste es la vida del hombre cuando no cae en cuenta que su comprensión del ser es ya una determinación del ser del ser ahí⁹. Al interno del límite se desata la ambición, en la apertura a la novedad del más allá de nosotros mismos acontece la esperanza. La diferencia entre la ambición y la esperanza es que la primera nace y muere con el hombre, no va más allá de su propia mezquindad. La esperanza, por el contrario, es don y no conquista, no hace mal ni causa muerte. La ambición no solo lleva a la muerte, sino que la causa. Nuestra sociedad está montada sobre la ambición. ¿Por qué extrañarnos, entonces, ante tanta violencia, cuando todo, incluso la propia educación, está montada sobre la ambición, lo que la hace caldo de cultivo de violencias institucionalizadas?

Trágicamente hemos caído en la trampa de la muerte. Muchos filósofos recientes nos han hecho ver con claridad que somos presa de la muerte. “(...) no es la muerte como algo posible nada posiblemente a la mano o ante los ojos, sino una posibilidad del ser del ser ahí. Pero en segundo término, al curarse de la realización de este posible significaría necesariamente un dejar de vivir”¹⁰. Tu ser del ser ahí está destinado a morir y cuánto más tienes cuidado de ti, más vives la vida sin vivirla, es decir, la cura es negación del ser del ser ahí en el intento de su conservación, lo que en definitiva sería su negación. Nadie hace experiencia de su propia muerte según Heidegger. Lo más que podemos hacer

⁹ M. HEIDEGGER, *Ser y Tiempo*, 22

¹⁰ M. HEIDEGGER, 285

es tener la experiencia del cuerpo muerto del amigo. Paradójicamente mi propia muerte es una constante permanente, aunque nunca se halle a mi alcance. Si me cuido de ella dejo de vivir la vida. Esta experiencia de enjaulamiento no nos deja muchas posibilidades. Hace ya algunos añitos, el autor de un famoso libro llamado Sabiduría, contemporáneo a los filósofos contemporáneos en su inteligencia de la realidad, aunque distantes en el tiempo, llamaba necios a quienes experimentaban la vida encadenada a la muerte: “razonando erróneamente, se decían: corta y triste es nuestra vida; la muerte del hombre no tiene remedio y de nadie consta que haya vuelto de la tumba. Nacimos por azar y pasaremos como si no hubiéramos existido (...) Nuestro tiempo es una sombra fugaz y nuestra muerte, irrevocable, (...) vengan, pues, y disfrutemos de los bienes presentes, gocemos de la realidad con impaciencia juvenil (...) que ninguno de nosotros se pierda nuestra orgía, dejemos por todas partes huellas de alegría, que esta es nuestra suerte y nuestra herencia” (Sb 2,1-2.5.7.9). “¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!” (Is 22,13) ¡Qué necio es nuestro tiempo!

La necedad no es neutra, está lejos de una inocencia ingenua o de una ingenuidad inocente, detrás de la experiencia de la vida amenazada continuamente por la muerte, se planifica la muerte del otro: “oprimamos al pobre que es justo, no tengamos compasión de la viuda ni respetemos las canas llenas de años del anciano. Que nuestra fuerza sea norma de la justicia, porque la debilidad se demuestra inútil” (Sb 2,10-11). No puedo negar que cuando leo algunos fragmentos de los libros sapienciales, me parece que estuviera leyendo a nuestro amigo Nietzsche. Sin embargo, no entiendo es el por qué él se empeñó tanto en la necedad y por qué a nosotros nos sea más agradable escuchar al necio antes que al sabio.

La experiencia de la muerte amenazante genera más muerte. No parece tratarse de un azar, sino de una dinámica inscrita en la experiencia de la vida cuando ésta desemboca en la muerte. Vayamos a nuestros barrios y veremos que justamente quienes sienten sus vidas más amenazada, confían tanto en su propia fuerza que no dejan espacio a las múltiples manifestaciones de vida que quieren abrirse camino en el espacio de nuestro barrio. La necedad es ceguera, empeño en la propia muerte y fuerza asesina: “los impíos invocan a la muerte con gestos y palabras, haciéndola su amiga, se perdieron; se aliaron con ella y merecen ser sus secuaces” (Sb 1,16). Aliarse con la muerte para superar la muerte sólo puede terminar en muerte¹¹. Hay una especie de pacto con la muerte que pretende librarnos de ella cuando en realidad le quedamos sujetos. De los necios (gobernantes y hombres burlones de Jerusalén) dice el profeta: “Ustedes

¹¹ “No se pude combatir un mal real al precio de un mal mayor” *Populorum Progressio* 31.

han dicho: Hemos hecho alianza con la muerte, hemos pactado con el Seol. Cuando pase el azote desbordado no nos alcanzará, pues nos hemos refugiado en la mentira, en el engaño nos hemos escondido” (Is 28,15). Salvarse de la muerte refugiándose en la muerte del otro no libra a nadie de la muerte. Es importante escapar de este círculo mortal que extiende sin pausa los límites de su radio.

Durante siglos el hombre ha hecho esfuerzos por escapar a la violencia. En este sentido el esfuerzo intelectual ha sido titánico. El paso del Olimpo a la Academia y al Gimnasio fue la primera pretensión de librarse de la circularidad trágica provocada por el sometimiento a los dioses griegos. El inalcanzable y lejano Olimpo fue sustituido por la racionalidad fundadora de un Logos que, de nuevo, al estilo de los dioses del Olimpo, impuso su dominio. La ética circunscrita al dominio de lo lógico perdió su carácter profético inquietante y subversivo. A lo largo de los siglos las palabras subversivas presentes en el lenguaje han sido domesticadas y reducidas a expresiones del logos disminuido que en su ex-posición se hace im-posición violenta anuladora de toda diferencia. Trascendencia, otro, ethos, exceso, son algunas de esas palabras que han sido reducidas a la comprensión dominante dejando fuera toda posibilidad de lo diverso. “Una cosa es contar cuentos de los entes y otra apresar el ser de los entes. Para ésta última faltan no sólo en el más de los casos las palabras, sino ante todo la gramática”¹². El ser ahí de la fenomenología de Heidegger que pretendía escapar de la circularidad del dominio, dejando libre al ser de cualquier conceptualización, es ya una toma de postura, un previo decir el ser y por lo tanto un nuevo encadenamiento a un balbuceo del Ser, es decir, una comprensión previa del ser. Decir que el ser es lo oculto, es ya un modo de decirlo e imaginarlo donde toda posibilidad de comprensión queda sometida al dominio de la hermenéutica. Cada intento superador de la violencia y de la muerte nos sumerge nuevamente en nuevos tipos de violencia y de muerte. ¿Acaso tendrá razón el impío? ¿Estaremos destinados a la muerte y lo mejor será comer y beber porque irremediablemente a la puerta de la esquina ella nos espera?

Pareciera que irremediablemente somos presa de una circularidad mortal hermética imposible de superar. Todo intento auténtico de superación nos termina hundiendo más en las arenas movedizas de la que pretendemos escapar. Queremos escapar a la violencia, pero ello parece imposible al margen de la violencia, es significativo que ni siquiera la redención aconteció al margen de la condena y crucifixión de un inocente. Ya de por sí este planteamiento resulta violento cuando lo que realmente estamos procurando es salir de la violencia.

¹² M. HEIDEGGER, *El ser y el tiempo*, 49

Aun a pesar de esta circularidad diabólica, irrumpe la certeza que “Dios no hizo la muerte ni se alegra con la destrucción de los vivientes” (Sb 1,13). He usado a propósito la palabra “irrupción”, queriendo decir con ello que estamos ante un lenguaje que excede la circularidad mortal. Según la tradición anticotestamentaria Yahvé ha querido siempre librarnos de la servidumbre mortal a la que lo humano ha estado sometido.

Ya libres de la servidumbre egipcia, Yahvé hace con el pueblo de Israel un pacto que pretendía garantizar la libertad en el tiempo. Condición *sine qua non* de esa libertad fue no volver a ser presa de otros dioses, ni pretender atrapar a Dios en el esfuerzo estético o lingüístico que termina hundiéndonos nuevamente en las arenas de la mortalidad. Por eso, “no te harás escultura ni imagen alguno de lo que hay arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas (...) No pronunciarás el nombre de Yahvé, tu Dios, en falso...” (Ex 20, 4.5.7). La existencia de la muerte es ajena al proyecto de Dios, quien es “Señor amigo de la vida”, pues su aliento incorruptible está en todas las cosas (Cf. Sb 11,26-12,1). Vivir encadenado a teorías y conceptos que se imponen como logos es, pues, necedad, es decir, empeño en vivir en la muerte. Quienes viven así “son pues unos desgraciados, con la esperanza puesta en cosas muertas, quienes llamaron dioses a las obras de manos humanas” (Sb 13,10).

Debemos romper esta circularidad y apostar por un logos distinto, donde la ética deje de ser la ciencia de las normas, sino la posibilidad de convivencia y reconocimiento. “A nuestro modo, vale deci que la excedencia ética no se dirige hacia la neutralidad del bien, sino hacia lo otro, aquel que es \bar{e} ”¹³.

4. En cambio yo les digo

No matarás es la quinta de las diez palabras dichas por Dios (Ex 20,13; Dt 5,13). La sencilla expresión debe ser entendida en su articulación con todo el resto del decálogo. Amenazada está la libertad de Israel. Yahvé se cuida mucho de que su pueblo no tenga otros dioses. Pareciera que es el mismo Yahvé quien no soporta ya la esclavitud del pueblo, sea esta impuesta o sea esta añorada. El celo por la libertad lo lleva a corregir todo aquello que lo limite y a ser misericordioso por mil generaciones. La libertad es don para todos, incluso para la misma creación. Pareciera que Yahvé quisiera restituir la armonía primera y hacer a todos jugar a favor de la vida. El día séptimo es día de libertad, día consagrado al Señor, y a todos alcanza los beneficios de esta bondad: al hijo, la hija, el siervo, la sierva, el buey, el asno, las bestias y el forastero (Cf. Dt 5, 14).

¹³ J. DERRIDA, *La scrittura e la differenza*, 108

En este contexto de armonía, se menciona el quinto mandamiento “no matar”. La muerte introduce de nuevo la violencia y destruye la armonía. Quien mata ya ha hecho su propio ídolo, ya no confía en el único Dios. El respeto de la vida ajena se inscribe en el contexto amplio de la vida armónica y no sólo en el ámbito reducido de la negación de la violencia. Todos eran beneficiarios de la libertad y todos salían ganando con el respeto a la vida. La vida es sagrada siempre y cuando se la entienda en el contexto mayor de la libertad y la redención conseguida.

En el Evangelio la expresión “no matar” se halla también en un contexto mayor y es explicitada por nuevos elementos que no podemos olvidar. El primer gran contexto es el de las Bienaventuranzas. No nos hallamos en una situación neutra, sino violenta. Las mismas bienaventuranzas hablan de pobreza, llanto, mansedumbre, necesidad de trabajar por la paz y persecución. Extrañamente todas estas situaciones son invertidas con una declaración imprevisible: “bienaventurados”. Aquellos que sufren, precisamente en cuanto que sufren son llamados felices y, añadido a esto, Jesús les reconoce como sal y luz de la tierra. ¿De qué tipo de alegría está hablando Jesús? ¿Cómo vivirla? Que quien padece sea realmente el feliz y que sean precisamente ellos la propuesta de solución de aquella violencia descrita, no puede menos que sorprender. En las sociedades tecnócratas como las nuestras, pensar que en estas situaciones adversas se halla el germen de lo nuevo es apostar al fracaso desde el inicio. Sin embargo, esta es la propuesta evangélica.

En este contexto se halla el no matar. El mandamiento mayor viene aterrizado en propuestas concretas: no te encolerices con, ni llores renegado a, tu hermano. Retornamos a la propuesta primera: a quien le quitas la vida es tu hermano, con quien te enojas es tu hermano, lo que realmente destruyes no es una persona ajena o distante a ti, sino la propia fraternidad y cualquier posibilidad de reconciliación. Las palabras parecen dirigirse a quienes el mismo Jesús llamó felices. La bienaventuranza no es una declaratoria, es la vida amenazada desde la que es posible el brotar de una mayor vida. Esta inversión de la vida amenazada como fuente de algo nuevo, una vida nueva, supone, incluso, un reacomodo en el culto. “Si al momento de presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja la ofrenda allí, delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano” (Mt 5, 23s). El texto agudiza la exigencia de Jesús, ya no es sólo no matar, no encolerizarse, o llamarle renegado, es hora de salir a reconciliarse con aquel que tiene algo contra mí, es decir, de ir al encuentro de aquel a quien mi presencia pueda incomodar. No se trata que el oferente tenga algo en contra de quien le ofende, sino que él deba ir a reconciliarse con aquel que se siente agredido por él. Quien

presenta la oferta ante el altar, no va porque se le hizo algo y quiere restituir la relación, va porque el hermano se halla turbado y agredido y se le debe restituir la relación. Sólo después de ello, se puede ofrecer en el altar. La paz de mi hermano precede la ofrenda, o lo que es lo mismo, la ofrenda en el altar no está al margen del acontecimiento fraterno.

“Han oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pues yo les digo que no resistan al mal; antes bien al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra” (Mt 5,38s). Normalmente este texto se interpreta como un gesto que detiene la violencia. No responder de modo equivalente a una agresión recibida detiene la violencia. Sin estar en desacuerdo con esta interpretación, me parece que del texto pueden derivarse otras consecuencias. Para el evangelista no es suficiente la ausencia de violencia; detrás del hiato propio de la agresión está el amor y la entrega de la propia vida como terreno donde la vida auténtica brota. Poner la otra mejilla ni es una acusación, ni es poner en evidencia el mal que el otro realiza, pues tal gesto sería ya una violencia equivalente. Estamos, a mi modo de ver, ante un gesto confiado y no ingenuo ante el hermano que me agrede, esperando que él ya no me golpee. Esconder el rostro ante la agresión es ya un ejercicio antifraterno, que detiene la posibilidad de la reconciliación. No retirar la mejilla es gesto de amor ante el hermano que me agrede. Es querer y esperar la posibilidad de un gesto distinto. Claro está que tal actitud puede terminar en la propia muerte. Ante el ojo por ojo, está ahora el esperar recibir el amor del hermano. Por eso todos los gestos que propone el propio Jesús están dichos en una tónica positiva: “al que quiera pleitar contigo para quitarte la túnica déjale también el manto, y al que te obligue andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y no vuelvas la espalda al que desee le prestes algo”. Debemos dar sabiendo que a quien doy es mi hermano y que el bien hecho es mayor que la renuncia que se debe hacer. Que sea el amor la respuesta y que no se trate tan sólo de un detener la espiral de violencia, queda afirmado cuando inmediatamente después Jesús dice: “amen a sus enemigos y rueguen por quienes los persigan, para que sean hijos de su Padre celestial que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos” (Mt 5,44). No se trata sólo de eliminar la violencia, sino de vivir como hijos, modo de vivir que no está al margen de la fraternidad. Así como el Padre es bueno con todos y espera ser amado, así deben actuar los hijos de Dios, dar a buenos y malos aun a riesgo de la posibilidad de traición y olvido.

Lo que pide Jesús en las bienaventuranzas no es ajeno a lo que él mismo vivió, pues “aunque era Hijo aprendió la obediencia a través del sufrimiento” (Hb 5,8). La oración de Jesús en el huerto, habla de lo difícil que también resultaba para él amar a quien sabía podía matarlo: “Padre mío si es posible, que

pase de mí esta copa, pero que no sea como yo quiero, sino como tú quieras” (Mt 26,39). Jesús no muere sólo porque lo matan, muere esperando lo mejor de los hombres y dándoles lo mejor. Él es ahora el bienaventurado, aquel quien desde su vida negada cambia la suerte de todos, porque estuvo por encima de lo que le toca vivir. Antes que denuncia, su actitud es respeto a la vida y confianza que espera lo mejor del otro. A uno de los suyos le dice: “vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñan la espada perecerán a espada” (Mt 26, 52), y a quienes le agreden los excusa, esperando de nuevo lo mejor: “¡Han salido a prenderme con espadas y palos, como si fuese un bandido! Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar y ustedes no me detuvieron¹⁴. Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las escrituras de los profetas” (Mt 5,55s). El grito desgarrador de Jesús en la cruz, que tanto escándalo ha provocado es el grito del justo que espera de Dios la justicia. Pero todo sigue sucediendo en la misma lógica hasta ahora trazada, pareciera que Jesús pide que el Padre intervenga a favor de sus hermanos para que ninguno de ellos se pierda. Contemplar el espectáculo de sus agresores no podía menos que constituir el dolor que clamaba el cielo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46) ¿Acaso lo que sentía Jesús no sería el abandono de sus hermanos, de quienes espera lo mejor, aun cuando se empeñan en su muerte? Jesús muere esperando siempre lo mejor, aunque su experiencia fuera la peor. Por eso termina su vida invocando el perdón: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

La resurrección es la re-edición de la bienaventuranza. El resucitado, para desconcierto de todos aparece herido, pues se trata del mismo crucificado y por ello de nuevo el llamado al perdón, a creer en los hermanos, a esperar siempre lo mejor de ellos: “reciban el Espíritu Santo a quienes le perdonen los pecados le quedan perdonados y a quienes se lo retengan, le quedan retenidos” (Jn 20, 10).

ALGUNAS CONCRECIONES

La vida es sagrada. El carácter sagrado no es un en sí absoluto, sino bondad y posibilidad de bendición para todos. Pensar la vida de modo aislado, como una propiedad que hay que defender, fuera de la circularidad de la bondad y bendición que ella es para la creación, es atentar ya contra ella. Por ello no se puede afirmar lo sagrado de la vida al margen de la fraternidad. Lo sagrado como absoluto en sí que tiene el valor desde sí, en sí y para sí justifica la violencia. He aquí uno de los motivos por el que hacemos una distinción entre

¹⁴ Pareciera que Jesús quiere excusarlos de la situación que le toca vivir.

una violencia legal y una violencia criminal, una permitida y la otra perseguida, aunque ambas sean causa de la muerte de un humano.

De las lecturas aquí realizadas quisiera entresacar algunas líneas que nos ayuden a ir caminando juntos para ir superando una violencia que ha cobrado, sigue cobrando y si no cambiamos el rumbo seguirá cobrando miles de vidas de venezolanos, hermanos nuestros, en nuestro país. Cada hecho de sangre debería vestirnos de luto, porque un hermano nuestro ha muerto, porque hemos atentado contra la bendición de Dios y porque nos seguimos empeñando en hacernos esclavos del odio y la mentira.

- a) Debemos dejar de señalar y culpabilizar a los demás de la violencia y del mal, como si la responsabilidad estuviera siempre fuera de mí. Esto fue que lo hizo Adán. Apuntar al otro haciéndolo responsable de lo negativo es contrariar mi propia responsabilidad y se constituye en un atentado contra la comunión, como si la culpa del otro no fuera de algún modo también mi culpa. Asumir la propia responsabilidad en el asesinato de tantos hermanos, es hacernos cargo del hermano que asesina, es saber que quien asesina es víctima de un algo mayor en lo que yo también tomo parte y soy responsable. Hemos estructurado nuestra sociedad en convicciones nihilistas y esto tiene su precio, pero preferimos el silencio propio del confort, antes que el anuncio de la vida aún a riesgo de menosprecio, silencio obligado, encarcelamiento o la muerte. Defendemos estructuras nihilistas haciéndonos la vista gorda ante la violencia y muerte que generan.
- b) Aprender a escuchar y alegrarnos porque le va bien a nuestro hermano. ¡Si al menos Caín se hubiera alegrado un poco porque a Abel le fue bien con su ofrenda! La muerte se gesta en la envidia. Ella diluye los lazos de comunión. La bendición de Abel era bendición para Caín, la ofrenda de Abel era ofrenda de Caín. Yahvé no entendía lo que le pasaba al hermano mayor, pero sabía que su actitud podía corromper su corazón. Por eso el mismo Dios le habla, le pregunta, como si necesitara que cayera en cuenta que debía salir de su estado de ensimismamiento. Ayudar a tantos hermanos a salir de su cápsula de ensimismamiento podría evitar miles de muertes y rescatar muchas vidas sin vida. Convencernos que la vida de todos es bendición es un ejercicio que abriría nuestro estrecho corazón y haría espacio para quienes ahora sólo pueden estar fuera en la Gehena de nuestra indiferencia. La vida de Caín era bendición, aun a pesar de haber asesinado a su hermano. Por eso Dios lo cuida. Son los hombres ahora quienes deben aprender a respetarlo, a aceptarlo aun a pesar de su homicidio. Dios lo marca para que todos sepan que no hay que tocarlo,

pues tocarlo significaría algo peor. Cuando borramos la vida de un delincuente o un asesino lo pagamos, como dice la Escritura, siete veces más. Cuidemos a quien no ha sabido cuidar de su hermano. La respuesta de Dios a Caín no fue quitarle la vida, sino protegerle la vida. Le puso una señal para que nadie le hiciera daño. El linchamiento se ha hecho una práctica cada vez más frecuente en nuestra sociedad. Quitarle la vida a otro por rabia o por venganza significa que por encima de la vida del hermano está mi propio odio y sentimiento que vale más que la vida ajena. Mi agresión justifica la acción del agresor. Si queremos terminar con la violencia, no podemos emplear violencia, si realmente creemos que la vida es sagrada, en ningún caso podemos matar.

- c) Vivir gratuitamente la vida y estar siempre más allá de ella y de los límites en la que se la encierra. Vivir según el Logos encarnado que da la vida y no según el logos mundano que quita la vida. Esta tarea cabe esencialmente al cristiano. La vida excede siempre las estructuras del mundo, es más de lo que el propio mundo espera de nosotros. El cristiano no se conforma a las estructuras, sino que las sobrepaja. La superación del círculo vicioso que hace de la vida un valor limitado a lo efímero de sus propias posibilidades, es una tarea que debemos asumir. No podemos vivir en la necedad del mundo que nos mata, destruye y termina haciéndonos asesinos o cómplices de asesinatos: “Los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz”. Continuamente se nos da la posibilidad del más allá, pero extrañamente, añoramos más las comodidades que nos esclavizan y hundan en la aburrida y cansada vida que no vale la pena vivir. No podemos obviar el llamado permanente a vivir en el Espíritu.
- d) Estamos llamados a ser misericordiosos como el Padre, es decir a intervenir siempre de forma positiva en el mundo. Para ello debemos asumir los riesgos asumidos por el propio Jesús. Él vivió su vida creyendo en el hermano. Lamentablemente, nuestras pastorales están al servicio de la propia estructuración de la sociedad y silencian la fuerza del evangelio. Somos más ciudadanos pertenecientes a la religión cristiana, que cristianos en el ejercicio de la fe que están más allá de la normalidad que impone la ciudadanía.
- e) Todo lo aquí he dicho, significa una apuesta por lo distinto, por un logos que no domina, sino que da sentido. El riesgo es asustador, pero creo que debemos apostar por el evangelio y por la sacralidad benigna de la vida, si realmente queremos ver frutos de bendición en esta tierra de gracia. Los primeros que debemos asumir el reto, somos los miembros de la vida religiosa. Muchas de nuestras estructuras deben madurar y abrirse a

dinámicas nuevas. Pero, lo más importante, debemos prepararnos para el martirio a favor de la fraternidad. Apostemos por una vida religiosa prudente, sin miedo y capaz de llevar la palma del martirio.